

Christian Peña
Heracles,
12 trabajos

Una contribución
de la Universidad Autónoma de Zacatecas
a la lectura y al aprecio de la poesía

Premio Nacional de Poesía «Ramón López Velarde» 2011

Jurado

Armando Adame, Laura Elena González, Norberto de la Torre

Christian Peña
HERACLES, 12 TRABAJOS

Área de Arte y Cultura
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS



México, 2012

Portada

TopTenTrío

Edición al cuidado de

Laura Elena de Jesús Ramírez Ramírez

María Isela Sánchez Valadez

Heracles, 12 trabajos

Primera edición, 2012

DR © Christian Peña

DR © Universidad Autónoma de Zacatecas

ISBN: 978-607-7678-75-5

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
incluido el diseño tipográfico y de portada, por cualquier medio
electrónico o mecánico, sin la autorización por escrito
de la Universidad Autónoma de Zacatecas

Impreso y hecho en México *Printed and made in Mexico*

(...) le dijo que viviera en Tirinto al servicio de Euristeo
por espacio de doce años y que ejecutara los diez
trabajos que le ordenara, y añadió que de esta forma,
realizados los trabajos, él sería inmortal.

Apolodoro

Para ti, si la riqueza el corazón anhela en tu pecho,
así obra: y trabajo sobre trabajo trabaja.

Hesíodo

(...) la síntesis de mi propio Zodíaco.

Ramón López Velarde

1. León frente al espejo

Hay que entrar en sí mismo armado hasta los dientes.

Paul Valéry

Nunca pude ser rey.
Mi sangre no es azul ni se ilumina
a la hora del amor o la batalla.
Mi reino nunca ha sido de este mundo,
ni de otro. Y aunque
el signo que especula mi destino
tiene garras y dientes,
tampoco nací yo para león.

Tengo de león, apenas,
los ojos que he heredado de mi abuelo,
los colmillos gastados por el hambre,
la melena, la barba tornasol
que ya no me rasuro, la pereza,
pereza, sobre todo, al trabajo,
pues trabajar es luchar contra sí mismo
y mi único talento es el fracaso.

Sin embargo, soporto, pues lo sé:
no todo león es rey
ni todo hombre un esclavo.

Hubo una vez un león, lo he leído,
de piel impenetrable
que devoraba a la gente
en las calles de Nemea.
Algunos, los más sabios, aseguran
que fue hijo de Tifón,
pues las bestias heredan
el deseo de la sangre.
Otros cuentan que, pálida, Selene
lo parió estremecida,
dejándolo caer en el monte de Treto.

Nada que ver conmigo,
tengo piel de gallina y se eriza
a la menor provocación, al menor
roce de unos labios,
al más ingenuo insulto.

No puedo, como un rey,
como un león, tener un heredero.
No tengo hijos,
no podría tener alguno que se convierta
en un mejor hombre que mi padre.
Mis hijos no me sobreviven:
los leones se alimentan de cachorros.

El león tiene la selva; el rey, riqueza.
Yo vivo en un lugar
donde todos han muerto
y soy pobre de cuna.
Un rey ama al espejo; el león, al sol.
Yo no puedo mirar la luz o mi reflejo;
tengo sólo la boca, no el rugido,
tengo la soledad, no la corona,
tengo una cicatriz, y no de guerra,
cincelada en el brazo,

y un cerebro que duele cuando pienso
demasiado en mí mismo.

¡Ah!, mi cerebro, el tumor más hermoso.

Un león acorazado en su piel solitaria,
un león sin una virgen,
un león dentro de un reino
con el trono vacío.

Se dice que los leones
suelen morir de infartos.
Mas ¿qué hacer si el corazón es apenas
la blanda y tibia carne de un bolillo,
un migajón macerado en la sangre?
En el fondo, lo sé:
un corazón tan débil no sirve para más.

¿Podrá una derrota, alguna vez,
ser un himno de gloria?

Para matar a un león es necesario
tener fe en nuestras uñas
y dejarlas crecer una quincena,

como si se estiraran,
tratando de alcanzar el día de pago;
vigilar en su sueño el momento preciso
donde no hay pesadillas,
y entonces enterrarlas
tiernamente en su pecho.
Luego uno puede arrancarle el pellejo
y calzarse su piel y andar con ella,
sabiéndose asesino de sí mismo.

De sí mismo, de sí mismo:
hoy he visto mis venas largamente.

Para matar a un león es necesario
asir la cobardía como un arma
y traicionarse. El hombre,
un hombre, cualquier hombre,
enfrenta su destino como puede;
a veces, dándole la espalda.

Me voy a desgarrar la piel hasta llegar al hueso.
Si sobrevivo, será por mera suerte.

2. Consultorio del doctor
Ben Pankowsky, psiquiatra

¿Cómo contar el miedo
cuando tiemblan
los dientes?
El miedo en una lengua
tartamuda.
¿El miedo no se dice?
¿Cómo contar del miedo
la belleza?
¿Cómo contar un miedo
arraigado en la sangre,
casi heredado?

Mi tía Martina tiene un rancho en El Huizache
que visitaba de niño.
Allí nació mi miedo hacia los pájaros.
Allí se hizo en mis ojos la imagen y el ruido
de la fobia:
orgías de gallinas y guajolotes luchando sin sentido,
desgarrándose el moco ensangrentado,
luchando a ras de tierra como ángeles cobardes.
Mi madre dice que de niño, allí,

en ese pueblo afantasmado de abandono y de polvo,
un guajolote macho me tiró de la andadera,
confundiendo mis ojos con granos de maíz.
Desde entonces, desde una edad que hay antes
de la infancia,
el miedo hacia los picos, hacia las alas.

2011. La imagen inquietante y siniestra parece salida de la mente del gran Alfred Hitchcock. Cientos de pájaros negros muertos, fulminados, sobre las calles, tejados y jardines de la pequeña localidad de Beebe, en Arkansas. La lluvia macabra de aves comenzó media hora antes del Año Nuevo. «Mamá, le dije, «quédate con los niños y con el perro, no sé lo que está ocurriendo». Caminaban alrededor con máscaras y yo me preguntaba si no las necesitábamos también nosotros, después de haber caído los pájaros así del cielo, sin más», cuenta Melissa Weatherly, una vecina de Beebe.

La población no ha sido evacuada porque los análisis no han detectado ningún tipo de contaminación atmosférica. «Nadie sabe nada. Pregunté a esos tipos que recogían los pájaros y tampoco parecían saber nada. Todo esto nos pone los pelos de punta», dice Charles Boldrey, otro vecino de la localidad.

Los científicos piensan que los pájaros pudieron ser víctimas de una lluvia de granizo a gran altitud o, tal vez, perecieran estresados debido a los fuegos artificiales del Año Nuevo.

Es el terror al vuelo,
a mirar desde arriba,
a perder los pies
del piso.
Es el terror
a lo que no se razona:
una pluma y un pico
elevándose
como señal de infortunio.
Es una invitación
a perder la cabeza,
a enloquecer
rozando las alturas.

Dice el doctor, con los vellos de sus brazos
desbordándose
en las mangas de su bata blanca,
que lo que tengo se llama *ornitofobia*: no miedo,
terror hacia las aves.

Dice que no más pastillas,
que ya no debo cuidar el canario que me encargó

como tarea,
que no sobreviviré a otra terapia de choque,
que debo aprender a vivir con el miedo,
que el miedo, después de todo, es saludable.

Lo que no entiendo es qué tiene que ver mi padre
con todo esto.

No sé por qué el doctor insiste en hablar
de mi padre.

No le temo a mi padre.

Mi padre cuando me golpeaba, si me golpeaba,
de niño,

me nalgueaba con un cinturón de cuero
con vacas dibujadas,

con vacas, no con pájaros.

Nunca me pegó duro: ni heridas, ni cicatrices,
nada con que entenebrece la historia
de mi infancia.

François Truffaut: Supongo que la idea de los pájaros que
agreden a la gente en el campo le fue inspirada a Daphne
du Maurier por hechos reales.

Alfred Hitchcock: Sí, eso ocurre de vez en cuando y está

originado por una enfermedad de los pájaros, concretamente
por la rabia, pero era demasiado horrible para ponerlo en
la película, ¿no le parece?

François Truffaut: Demasiado horrible, sin duda, y
seguramente menos hermoso.

Alfred Hitchcock: Mientras rodaba en Bodega Bay, leí una
noticia casi perdida en un periódico de San Francisco que
hablaba de unos cuervos que habían atacado a unos corderos,
y aquello ocurría muy cerca del lugar en que rodábamos.
Me entrevisté con un campesino que me explicó cómo
los cuervos habían descendido para matar a sus corderos,
atacando a los ojos, y aquello me inspiró la muerte del
granjero con los ojos arrancados.

Por el miedo se escribe,
no con miedo.

Contar el miedo es trascender
la experiencia.

Todo lenguaje se vive.

Un poema
y otro poema
como un plan de vuelo.

Escribir es volar, dice mi madre,
no le temas.

Mi padre solía ponerse botas de mecánico para
patear ratas de campo,
como balones de fútbol, en el rancho de mi tía
Martina.

Le gustaba el sonido que se producía
entre el choque del casquillo y el cráneo de la rata.

Mi madre cuenta que la vez que el guajolote me tiró
de la andadera,
mi padre lo molió a patadas
y le deshizo la cabeza con un bat de beisbol.

SECRETARIO

Este es un pájaro que sólo puede verse en los prados y la
sabana del sur del Sáhara. Es la única ave rapaz con hábitos
terrestres y puede correr hasta 32km al día. El secretario
suele matar a su presa asestándole un golpe muy potente
y clavándole las garras traseras en el cráneo. Su altura de
más de 1.5m le permite matar algunas presas levantándolas
y dejándolas caer repetidamente sobre superficies duras.
Suele aparecer cerca de los incendios de matorrales o
hierba, dispuesto a atacar a cualquier presa que intente
escapar de las llamas.

El secretario luce unas pestañas negras extraordinariamente
largas. En su cabeza destacan veinte plumas. Su aspecto

recuerda al de un oficinista o secretario del siglo XIX,
vestido con chaqueta con faldones y pantalón bombacho.
Aunque lo más frecuente es verla caminando con elegancia,
esta ave, al cazar, agacha la cabeza e inicia una veloz carrera
en pos de su presa. En algunas zonas de África se le conoce
popularmente como «Caballo del Diablo».

El miedo, sobre todo,
a un muerto propio,
cercano, familiar;
un luto que se lleve
a todos lados.

Temer, no al muerto,
sino a su ausencia,
al espacio que no ocupa.
Temor hacia lo que se eleva
o se entraña
a paladas en la tierra.

En El Huizache, mi tía mataba gallinas para
las fiestas,
les retorció el pescuezo y las arrojaba junto
a la pileta.
Luego pasaba al guajolote: le sujetaba las alas

y le cortaba la cabeza, de golpe, con un machete
afilado.

A veces, el ave corría degollada como un hidrante
que chorreaba angustia.

Acerca de escribirte, más de uno pensará que es cosa vana
entablar correspondencia con un muerto. Y es probable
que tú tengas asuntos más urgentes que estos que me
ocupan en vida. Sin embargo, quiero confesarte un par
de cosas. No pude hablar con tu familia después del
accidente. Llamé a casa de tus padres, entró la contestadora
y no quise dejar mensaje. No insistí. Y aunque tenía
tiempo suficiente para trasladarme hasta tu entierro en
Zamora, me dio miedo. Muchas cosas me dan miedo.
Solías reír cuando te decía que los pájaros me dan miedo.
El último correo que me enviaste, dice: «Ven a visitarme.
Hace diez años que me fui de la ciudad y sólo nos vemos
cuando yo voy a ti por cosas de trabajo. Ven a Zamora un
día. Hay una iglesia bonita que quiero mostrarte. También
podemos ver *Los pájaros* de Hitchcock. Vas a ver que se
te quita el miedo. Tengo un canario pero, si vienes, le
pido a mi mamá que me lo cuide». Hasta ahora me doy
cuenta que se trataba de una cita. Imagino que te veías
hermosa dentro del ataúd.

Enloquecer la anécdota.

Hablar en una lengua
delirante.

Transitar por el miedo
como por un terreno fértil.

Orquestar los demonios.

Madurar en la voz
las obsesiones.

En diciembre, en El Huizache,
los cuervos caían del cielo como flechas oscuras,
como dardos que se internaban velozmente
en los campos de caña.

Por la noche, al pie de una fogata improvisada
en el patio,

mis primos me contaban que en luna llena
las brujas se quitaban las piernas y el cuerpo
y se disfrazaban de guajolotes.

Sólo conservan el moco, me decían.

Cuando me iba a dormir, podía oír el graznar
de los cuervos entre las milpas.

Creía que ese era el ruido del infierno.

2010. Como una verdadera amenaza califican a dos aves de

la raza de caranchos —aves de la familia de las águilas— que escogieron el Hospital Regional de Antofagasta como territorio de caza y nidificación, ya que se han registrado al menos diez ataques de estos pájaros a pacientes y personal del centro médico.

El caso más preocupante se registró el martes y afectó a un pequeño de sólo cuatro años. El menor jugaba en la plazoleta interna del hospital, a un costado del Servicio de Psiquiatría, cuando fue agredido por una de las aves, resultando con una lesión en el pómulo izquierdo.

Es frecuente ver a las aves en las ventanas de Maternidad, Oncología y Psiquiatría. Entre las «víctimas» de los caranchos también se cuentan funcionarias del Jardín Infantil que existe al interior del hospital.

Hacer del miedo
un mito.
Mitología que coincide
con una herida griega:
raya de la locura.

Muy cerca de El Huizache había un safari.
Mis primos y yo fuimos a visitarlo.
Todo iba bien entre leones y cebras pero, de pronto,

el guía nos condujo hacia el aviario.
Les dije que yo no podía entrar.
Los pájaros estaban libres y mis primos reían.
Justo en la entrada, un buitre, el único
 enjaulado,
abrió las terribles alas, eclipsando la tarde.
Casi me desvanezco.
Mi primo Andrés, el mayor, en un atisbo
 de piedad,
me cargó y quiso llevarme a la salida.
El guardia dijo que sólo era posible salir
hasta que el resto terminara el recorrido.
Fueron quince minutos.
Cerré los ojos y anduve por el miedo a ciegas.

El sexto trabajo de Heracles consistió en extirpar a las innumerables aves de pico, alas y garras de bronce y devoradoras de hombres, consagradas a Ares, que asustadas por los lobos del camino de Orcómone habían huido al Pantano de Estínfalo. Allí procreaban y andaban por el agua junto al río del mismo nombre y, de vez en cuando, remontaban el vuelo en grandes bandadas para matar a hombres y animales descargando una lluvia de plumas de bronce y un excremento venenoso.

El miedo ataca,
literalmente, desde arriba.
El miedo vive en la altura;
hace su nido
dentro de la cabeza.

Dice el doctor, tocándose la barba constantemente,
que la ornitofobia es más común de lo que creo.
Dice que es la segunda o tercera fobia más común
entre varones.

Lo que no entiendo es qué tiene que ver mi cerebro
en todo esto,
qué tienen que ver mis sueños en todo esto,
qué tienen que ver mis uñas en todo esto,
qué tiene que ver mi sexualidad en todo esto.
Mi tía Martina soplabla en el vientre de los pájaros
para distinguir su sexo.

Es probable que en Papúa Nueva Guinea habite un
monstruo volador prehistórico. Estas islas son lo más
cercano a un «mundo perdido» real, y varios testigos
afirman que un monstruo aterrador las sobrevuela. Los
nativos llaman a esta criatura «el Demonio Volador».
Su envergadura de veinte pies, su piel gris y curtida y su

cabeza con una cresta parecen corresponder a un pterosaurio
viviente. Los paleontólogos tienen dudas y sugieren
que es más probable que se trate de una especie aún no
descubierta de murciélagos gigantes.

Asco a la proximidad.
Repulsión al roce
de una pluma.
Asco, incluso,
a pronunciar un ave.
Escribir un aviario
como una antología del asco.
Erizar la pluma.
Sentir asco al hablar.

A veces, pasábamos la Navidad en El Huizache.
Todo mundo celebraba el pavo relleno de mi tía

Martina.

Todos, menos yo.

No como pavo. No entra a mi boca nada que tenga
alas.

Mi tía Martina preparaba caldo de pollo:
un menjurje de vísceras, el peor castigo para un niño.
Probar la piel de un pollo rostizado me haría vomitar.

Me da asco la palabra «rabadilla».

A mi padre le gusta comer mollejas, el lugar donde
las gallinas guardan la mierda.

Después de la angustia nocturna y la fobia a las zonas oscuras, una segunda serie fóbica hace su aparición. Comprende especies que se encuentran entre los animales domésticos grandes, y ulteriormente, en el curso de la segunda infancia, diferentes especies de pequeños animales. A veces, las experiencias reales de la vida diurna, mordeduras sufridas por el niño, o escenas que ha contemplado en la calle o el teatro, precipitan la elección, a título de principal comparsa de los terrores nocturnos de una especie animal que puede encontrarse frecuentemente en la realidad (...). La especie animal escogida deberá cumplir entonces la condición esencial de ser encontrada con cierta frecuencia (...). Sin duda, el animal fobígeno era también, en algunos casos al menos, un animal admirado antes de ser un animal al que no se quiere ver más. Pero el padre no puede convertirse en el objeto de una fobia: su encuentro es demasiado frecuente; además, no se puede casi evitarlo, ni huir de él (...) ...los animales fobígenos no son ahora los grandes, sino los de talla muy pequeña: por otra parte, el efecto que provocan no es ya angustia pura, sino asco.

Todo tiene una lengua.

Sin embargo, no hay
oídos para todo.

Los pájaros tienen
una lengua diminuta.

¿Quién sabe lo que dicen?

Los pájaros no cantan, chillan.

O, en todo caso,

son la neurosis cantando
entre los árboles.

Un concierto de pájaros
es siempre
desconcierto.

Hablar como los pájaros
es hablar

como los locos.

Los locos
seguramente

entienden a los pájaros.

Mi tía Martina nombraba a cada uno de sus pájaros.
Tenía un perico llamado Rafael con el que platicaba
durante el desayuno;
se chiflaban, discutían, se hacían de palabras,

se entendían sencillamente a su manera.
Rafael mentaba madres con silbidos a quien pasara
cerca de su jaula,
también silbaba piropos.
Todos querían hablar con él. A todos les daba risa.

Giuseppe Arcimboldo, de quien se dice murió «de retención de orina y cálculos renales», pintó un lienzo titulado *El aire* donde, como en la mayoría de su obra, el concepto se enmarca a través de un rostro humano constituido por varios elementos del tema en cuestión. En el caso de *El aire*, el elemento se materializa mediante pájaros. Así, en el perfil humano de Arcimboldo, las plumas de un pavo real constituyen los hombros; la cara y el moco de un guajolote de pechuga pronunciada pasan por una nariz, la cola de un faisán semeja la barbilla, y dos rostros de gallina que se encuentran trazan la boca. Un pequeño pájaro dentro del pico de uno más grande esboza la pupila; el perfil de un ganso hace las veces de oreja y un ramo de lechuzas y pájaros más breves fijan la oscuridad de la melena.

El miedo que se tiene
o se abandona

a la hora de escribir
ciertas palabras.

Cerca del arroyo que alimentaba los sembradíos
de El Huizache
encontré un pájaro muerto.
No pude dejar de verlo. Pero no me acerqué.
Estaba hinchado y empezaba a agusanarse.
Quizá llevaba un día.
Mi tía Martina solía decir que los pájaros llevan
el amor.
Alguna vez escuché que uno de mis primos dormía
con las gallinas.
Además de gallinas, había jaulas con canarios
por todo el rancho.
Pero el amor era ese pájaro.
Toda historia de amor comienza con un muerto.

Poco antes de morir, dijiste que empezaste a leer poesía para entenderme. Quise decirte que la poesía sólo confunde, a mí, al menos. Me dijiste que leías *Nostalgia de la muerte*. Luego me preguntaste si era un poema sobre el amor o sobre la muerte. Aún no tengo una respuesta. Aún no sé cómo llegaste a Villaurrutia. Lo siento, en

3. Hipólita en Tlalpan

realidad no quiero hablar de poesía. Me cuesta mucho dejar de ser tan literario, pero así vivo. En realidad quiero confesarte otra cosa: nunca fui a Zamora porque me emocionaba y, a la vez, temía la posibilidad de algo más que una amistad. Tenía miedo a no saber lo que sentías. Ahora, cuando además de 8 horas de camino nos separan varios metros de tierra, sé que debí preguntártelo. Ahora sé que se teme a lo que no tiene respuesta.

Prometo visitarte en junio. Llevaré flores. Amarillas. Espero que no tomes a mal, que no creas que soy cursi, si de pronto sacudo el polvo de tu tumba y guardo un poco de esa tierra en mi bolsillo.

Contar los pájaros y el miedo
como artefacto y causa
del poema.

Hacer del miedo un mito.

Contar del miedo

la belleza.

De noche una prostituta borracha camina por una calle
oscura, sembrando los fragmentos de una canción
como si fueran pétalos.

Lawrence Durrell

«Con una mujer sólo pueden hacerse tres cosas»,
dijo Clea en una ocasión: «Quererla, sufrir
o hacer literatura».

Lawrence Durrell

1. LA REINA

Las amazonas solían romper
los brazos y las piernas
de sus recién nacidos hombres.

Los tres hijos que viven de tu cuerpo,
duermen en la cama de un hotel derruido,
mientras en el cuarto de al lado
te desnudas.

Suelen pedirte cosas más extrañas que eso,
me dices,
mientras llevo mi boca hasta tu seno
como otro hijo
y observo en la cómoda del cuarto
la impaciente dureza de un martillo.

2. HAMAZAKARAN

El Mar Negro trae hasta la costa
huestes de coches desvelados,
taxis que tocan el claxon y la tierra
en Avenida Tlalpan.

Un ejército de hermosas
fortalecidas por el dolor y el sexo
aguardan la llegada
de los últimos viajeros de la noche;
cada una el precio justo, moneda del sudor
en el puño cerrado.

Hacen la guerra, no el amor;
su cuerpo es su arma,
pues la batalla tiene como fin la muerte,
y ellas ondean esa bandera
desde el cerro más alto del Ponto.

Arrodillan al mundo ante tus pechos,
donde guardas los diez billetes rojos
que vale su honra.

Estrellas que brillan

parcamente entre las calles,
constelación de estrías luminosas,
nacidas de la espuma afrodisiaca
pero con sed de guerra;
cada una gestada celosamente
con el odio encendiéndoles los ojos
como el ámbar del semen resentido.

3.

Pero, ¿si en lugar de corazón,
la que amamos tiene sólo un huevo duro
añejado en vinagre
o tiene sobre la piel la piel de un lobo
y detrás de las pestañas chinas,
los rulos travestis
y el par de tacones que lloran su color subido
todo es mentira?

4. EL CINTURÓN

No todo lo que brilla es oro
ni todo el oro vale lo que pesa.
Y a falta de mejor imagen,
mezclaré por despecho un par de mitos:
habrás de caminar por siempre,

ligera y suripanta,
sobre el descalzo mar de Galilea;
ligera, aunque te ciña la cintura
una cuantiosa suma de quilates.

5.
Todas, menos mi madre.
Aunque quizás ella también
hizo ver su suerte, la peor,
a alguno que le entregó su vida
y un anillo dorado
bañado con la chapa de los pobres,
aunque tal vez a ella también
le bajaron la luna y las estrellas
y ella dejó sin luces una noche,
aunque quizás ella insultaba
los ojos de los hombres
con sus caderas anchas
que detenían el tráfico
en un cruce de Tlalpan,
aunque quizás ella también ha mentido
o mintió.
Todas, menos ella,
pero eso es algo que no me consta.

6.
¿Será verdad, Padre,
Dios al que los dioses temen,
Músculo Alto,
que no hay amor sin finanzas?

7. MONELLE REVISITADA

También la pobre puta sueña,
pero sólo lo que ama le causa pesadillas.

Lo supo Schwob:
la puta ha de volver al seno de la noche,
pues sólo ella es la que está sola.

A dormir, Hipólita,
a contar los miles que te siguen cual ganado,
a trasquilar su lana,
a descansar en nombre de mi ovino nombre.

8. VENÉREA

Toda mujer nos duele en algún órgano.
Tú me dueles, mejor dicho,
me duelen tus dos ojos,
flotando como piedras

en el mar rojo de alcohol y sangre
de mi riñón izquierdo.

¿El corazón, Hipólita?

El corazón sólo me sirve para infartos.

4. En una aldea de Erimanto

tendido

—los ojos casi en blanco—
sobre la cama

enfermo

—escucho sus bufidos—
de madrugada

un jabalí muriendo

—la espuma de su hocico—
adentro de la casa

salvajemente herido

—cosa de pesadilla—
se desangra

mi padre

un animal sacrificado

5. El lector

¿Sabe usted qué es un lector?

Pascal Quignard

Un lector es un hombre que corta cabezas. Ese es su trabajo. Un lector, una noche, en el insomnio, con los ojos irritados de anhelar el sueño, busca, hurga, decide tomar del montón de papel y madera, y niveles orquestados de madera, del montón de páginas ordenadas alfabética o arbitraria o íntimamente, o no ordenadas, del montón de cubiertas de piel o plástico, del montón de aquello a lo que nombra, por nombrarlo de algún modo, porque le han enseñado esas páginas amontonadas que nombrar es importante, de aquello a lo que nombra, estábamos, biblioteca, y después de hurgar se decide a tomar un solo cúmulo de páginas de todo ese tambache que bien podría tener la dimensión del cielo, claro está, si deshojáramos cada uno de esos libros, ese montón de cabezas, y tapizáramos el cielo con cada hoja, y no olvidáramos que las nubes también son cúmulos que se amontonan en el azul del cielo; entonces se decide a tomar un libro como si se tratara de una cabeza, y lee; y al leer, va segando, va dando vueltas a las hojas, va separando

vértebra y huesos, y no cuenta, o quizás sí, pero al trabajar en su lectura lo olvida, con que al terminar de leer esas páginas, al separar esa cabeza, una nueva cabeza brotará, o dos, o tres (el número es impredecible, pues nadie, desde el griego, ha logrado saber el número exacto), o quizás cuatro, y más venenosas y más mortíferas y más deseadas también.

Desde el griego, dijimos, porque Apolodoro, el mitógrafo, el alumno de Epicuro, el que gustaba de quemarse las pestañas, de separarse poco a poco la cabeza con libros de poemas en versos yambos, estableció en su *Biblioteca Mitológica*, en su montón de libros llamados «biblioteca» desde entonces, que este monstruo, este raudal de papeles cosidos y convertidos en libros, fue nombrado Hydra y vivió en el pantano de Lerna, y era éste un monstruo con «un cuerpo de descomunal tamaño, con nueve cabezas, ocho mortales y la del centro inmortal»; número cuestionable, impredecible, dijimos, pues basta que volteemos la mirada a ese amasijo, a ese monstruo de papel descomunal que está a nuestra espalda o al lado de la silla que ocupamos para calcular el número probable de cabezas, cortadas o pendientes, y basta, quizás, con

cuestionarse si hay, entre todas ellas, una que pueda ser nombrada «el centro», una que pueda ser considerada inmortal; o quizás es sólo cosa de saber que para Diodoro eran cien las cabezas de la Hydra, que Hesíodo canta que la bestia fue el tercer hijo del amor de Tifón y la Equidna luctuosa, y que Hera, la diosa de brazos blancos, la crió «inmensamente airada contra la fuerza de Heracles», o que Pausanias afirma que la Hydra tenía su guarida bajo un platanar del río Amimona y frecuentaba el pantano de Lerna, o que, esto lo sabemos por Calasso, por sus *Bodas de Cadmo y Harmonía*, por otra cabeza, más del siglo XX, por otro libro, más en italiano, por otro cúmulo de hojas empastado por una mujer a la que amamos, por otro libro de pastas color acre o mostaza, por pastas del color de la despedida; por Calasso sabemos que las Danaides, cincuenta hijas de Egipto, renunciaron a sus bodas con cincuenta hijos del mismo suelo, con cincuenta de sus primos y huyeron en cincuenta naves lejos del sol africano y llegaron a la costa de Argos y pidieron asilo al rey Pelasgo, argumentando que si no las recibía, se ahorcarían. Sabemos que Pelasgo prefirió recibir las que ver el cadáver de las cincuenta hembras pendiendo de los árboles de su reino y que, tiempo

más tarde, al divisar la llegada de los cincuenta primos egipcios que siguieron y reclamaron a sus novias, Pelasgo preparó una gran fiesta donde los cien brazos se estrecharían en las nupcias. Sabemos que la noche de bodas, todas, excepto una de las bellas egipcias, llevaron un cuchillo oculto entre las piernas, o en un costado de la cintura o, quizás, algunas, entre los senos y que, al caer la luna, dieron muerte a sus cuarenta y nueve hombres, les cortaron las cabezas y luego las arrojaron a la laguna de Lerna. Y, quizás de esto, porque el amor que nace de la sangre es un prodigio, quizás de estas cuarenta y nueve cabezas de hombres traicionados nació la Hidra de Lerna. Esto lo especulamos.

Pero, volviendo al punto en que dijimos que un lector es un hombre que corta cabezas, valdría la pena, si es que todo esto lo vale, si es que quemarse las pestañas vale algo, preguntarnos, ¿por qué un lector corta cabezas? Por amor, por devoción, por simpatía incluso, pero, sobre todo, las corta por necesidad, porque ese es su trabajo. Trabajo interminable, dijimos. Un lector lee por intimar. Por eso hablamos de «nosotros», en «nosotros». Por eso un lector elige su tradición, traza su mapa íntimo de cabezas, sus voces recurrentes, sus

historias de cajón, sus versos imprescindibles. Por eso un lector entra en otra cabeza y calza su mollera con cabellos ajenos, y mira con otros ojos o, mejor dicho, escruta la realidad con ojos prestados. Por eso un lector, si lo es, trabaja arduamente y se juega el pescuezo al leer cada libro, porque lee un libro y de él brotan otros dos nombres, o tres, o quizás cuatro, ya dijimos que el número exacto es impredecible, porque, intentémoslo, tratemos de contar tan sólo diez cabezas con nuestros diez dedos, y démosles nombres: Homero, Hesíodo, Shakespeare, Píndaro, Baudelaire, Poe, Rimbaud, Kafka, Montaigne, Balzac; o enumeremos las «obras maestras» que enlista Connolly al inicio de su *Tumba*: «Las *Odas* y las *Epístolas* de Horacio, las *Églogas* y las *Geórgicas* de Virgilio, el *Testamento* de Villon, los *Ensayos* de Montaigne, las *Fábulas* de La Fontaine, las *Máximas* de La Rochefoucauld y La Bruyère, las *Fleurs du Mal* y los *Diarios íntimos* de Baudelaire, los poemas de Pope y Leopardi, las *Illuminations* de Rimbaud, y el *Don Juan* de Byron» y, ¿a poco no?, vienen a nuestra cabeza otros diez, o veinte o cincuenta nombres, o más; y porque, estábamos, un día todas estas cabezas se convierten en obsesiones y, entonces, el lector conoce a la bestia.

La primera vez que vi de frente los montones de ojos de la Hidra no fue en un pantano, no fue en Lerna, no calzaba yo sandalias ni mi cuerpo era una cordillera de músculos ni mi destino estaba bendecido por los dioses; la primera vez que la vi fue en la parte trasera de mi preparatoria y era yo, por así decirlo, un pellejo con gafas y adolescentes granos en la cara. Ahí comenzó la batalla, el trabajo, las pestañas quemadas, la sierra y el codo; ahí leí, una vez, en una cabeza, en un libro, para mí, de cabecera, leí que: «El universo (que otros llaman biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio, cercados por barandas bajísimas. Desde cualquier hexágono, se ven los pisos inferiores y superiores: interminablemente». Esto salió de la mano, mejor dicho, de la cabeza, de uno que perdió la vista de tanto quemarse las pestañas, pues el fuego descendió hasta sus párpados y calcinó sus ojos con las brasas, una noche en un pantano, en una biblioteca de la calle México, en Buenos Aires.

Pero, estábamos, toda lectura es un acto íntimo, de amor, en ocasiones, y así, todo lector trabajador es cómplice del otro al que lee. Heracles tuvo de cómplice

a Yolao para acabar con la Hidra, y por eso Euristeo no tomó en cuenta su trabajo, y por eso es probable que nadie tome en cuenta el nuestro. La Hidra de Lerna murió a manos de Heracles, con ayuda del fuego, al igual que Alejandría, Tiro y Cartago y otras tantas bibliotecas; a manos de Heracles, quien, según Calasso, según su cabeza, «está obligado a seguir hasta los confines de la tierra la rueda zodiacal de sus trabajos, es un héroe demasiado humano, ciego como todos, aunque más fuerte y más hábil que los demás, catapultado al cielo por exigencias celestiales. Heracles jamás sabrá para qué sirven sus trabajos; y el pretexto que la crónica de su vida le ofrece suena como una burla», a manos de ese casi hombre, casi dios, que trabajó incansablemente, que cortó cabezas, que leyó en las estrellas y en los caminos su historia escrita desde su nacimiento. La única arma con la que Heracles pudo acabar con la Hidra fue el incendio. ¿Conocemos, nosotros que no somos semidioses, que no descendemos de Perseo, que apenas, con trabajos, somos hombres, otra manera de terminar con tanto papelerío?

Nunca pude incendiar la biblioteca de la preparatoria.
Mi trabajo aún no termina.

Entonces, volviendo a nuestro punto, un lector es un hombre que trabaja con filos, con filos de hojas, de cuchillos (cuando es necesario separar las hojas de los libros que se encuentran pegadas), de palabras. Un lector opera guillotinas, ese es su trabajo, pues, recordémoslo, la palabra *trabajar* proviene del latín, de *tripaliare*, cuyo significado es *torturar*, entonces, el trabajo de un lector es ser torturador y verdugo y observar, según cuentan, los ojos del ejecutado moviéndose dolorosamente de un lado a otro, unos cuantos segundos, aun cuando ya ha sido desprendida la cabeza del resto de su cuerpo, y yace en una cesta junto a otro montón de cabezas ensangrentadas.

Y luego este lector, si en realidad ama su trabajo, imita, se toma en serio el juego de calzarse el cuero cabelludo de alguien más, y comienza a escribir, a alimentar con sus pensamientos el hambre de la Hidra, porque, ¿acaso un lector, uno que sí trabaja, uno que gira incansablemente la rueda zodiacal de su trabajo, no espera, en algún momento, formar parte de ese montón de cabezas; alimentar, con la suya, el avispero de cabezas de la bestia? ¿Acaso un hombre que lee no espera, en algún momento, leerse? ¿No ambicionamos,

secretamente, formar parte del monstruo? ¿No queremos, pues, escribir algo que valga? ¿Y no es ese amasijo de hojas ordenado en estantes de madera en nuestra habitación y que celosamente cuidamos, una promesa? ¿No aspiramos a perder la cabeza? ¿No hemos oído alguna vez a nuestros padres, nuestros hermanos o amigos decir que si seguimos quemándonos los ojos, así, a medianoche, en el insomnio, con papeles capaces de cortar finamente debajo de las uñas o poco a poco el cuello, que si seguimos empeñados en descifrar papeles terminaremos locos, con la cabeza por las nubes, separada del cuerpo? ¿No nos ha abandonado una mujer por vigilar enfermamente los libros, por no tener cabeza suficiente para ella? ¿No perdió Heracles la cabeza y enloqueció y dio muerte a su esposa e hijos después de leer la forma de las estrellas?, ¿no trató acaso de recuperarla asesinando a la Hidra, cobrándole al destino ojo por ojo, cabeza por cabeza? ¿No perdieron, literalmente, la cabeza, Hemingway y Potocki, el primero de un escopetazo a la altura de la boca, y el segundo de una bala en la sien? ¿No se dedicó Connolly, en su oficina de *The Sunday Times*, a enumerar las cabezas de su biblioteca, a pensarlas, a clasificarlas, a cortarlas para abrirse paso, para hacerse un lugar en

ese ramo de testas? ¿No durmió Borges al lado del monstruo, respirando su tufo deletéreo en la Biblioteca Nacional de la calle México? Y nosotros que aspiramos, aceptémoslo, a tener, a ser sólo una cabeza, nosotros que hemos operado, alguna vez, esa máquina soñada por el cirujano Joseph Ignace Guillotin para ejecutar a los franceses de 1789, nosotros que no hemos sido bendecidos por los dioses ni usamos sandalias, ¿no hemos sentido por un instante el dolor en los ojos que se mueven de un lado a otro de la página de un libro, en el insomnio, en nuestra habitación parecida a una cesta de mimbre? ¿No escribimos para perder la cabeza? ¿No estamos parpadeando, después de sentenciados, de leídos, de ejecutados y muertos, justo ahora?

6. Ciudad de México

Heracles llegó ante él y, sin revelarle el encargo de Euristeo, declaró que sacaría fuera en un solo día el estiércol si le entregaba la décima parte de sus ganados...

Apolodoro

No el trabajo: el dinero es el castigo.

Octavio Paz

No tenemos dinero.

Es que no tenemos dinero.

Lo que nos pasa

es que no tenemos dinero.

Tenemos, eso sí, eso nos sobra,

mierda,

mierda contante y sonante.

Trabajamos, si trabajamos,

si tenemos trabajo,

no para tener dinero,

trabajamos

para gastarlo,

para llevarnos a la boca

un bolillo,

un pedazo de mierda,

un pan amargo y duro y macerado

en los hornos

ardientes del dinero.

La ciudad,
la nuestra, la de todos,
es un establo,
el más sucio,
comparable apenas
con los establos de Augías,
con los de aquel rey de Élide,
aquel hijo de Helios
que poseía
muchas reses,
toros rojos y plateados
que producían grandes cantidades
de mierda,
aquel que en su tiempo
fue el hombre más rico
de la tierra.
Como si desde entonces,
desde Grecia,
los hombres ricos, los reyes...
Para limpiar la ciudad, sería preciso
inundarla,
justo como Heracles inundó
los establos de Augías,

desviando el curso de los ríos
Alfeo y Peneo.
¡Ajá! ¡Cómo no!
Como si todavía existieran ríos,
como si todavía
fuera posible
salvarla de su inmundicia,
como si Caronte
no anduviera a bordo
de una trajinera en Xochimilco,
desempleado,
pues nadie tiene siquiera una moneda
para cruzar,
y todos preguntamos
¿cuánto cuesta un peso?
Aquí, en este establo,
nos regodeamos.
Aquí, junto a las moscas,
comemos.
Aquí, faquires todos,
nos acostamos sobre un lecho
de vidrios,

y la sangre en la espalda nos recuerda
el nombre
del lugar donde nacimos.

No tenemos dinero.

No tenemos nada.

Nombramos nuestra mierda

con la primera luz

del día.

La noche, si tenemos,

si no estamos trabajando, huele

a hueso quemado,

a fábrica de jabón.

Sólo podemos pedir prestado

y no tener,

porque no lo tenemos,

dinero para pagar.

No cagamos dinero.

Sólo cagamos mierda.

Lo que pasa es que no

tenemos corazón.

Tenemos sólo un nudo

de arterias y pobreza

anudado en el pecho.

Tenemos sólo un puño

que se vende,

un puño que podría

matar a un hombre por dinero.

No tenemos ríos.

Es que no tenemos ríos.

Es que Consulado o Churubusco son avenidas,

no

ríos.

Lo que pasa es que el agua de los ríos

es agua negra.

Lo que pasa es que no puede limpiarse

tanta mierda.

Y menos, como lo hizo Heracles, en un día.

Estamos

sucios.

Lo que nos pasa, lo peor de todo,

es que incluso

Heracles

se vendió por dinero,
cobrándole a Augías
el diez por ciento de sus reses
por limpiar
sus establos.
Lo que pasa es que no debió
cobrar, sacar ventaja.
Lo que pasa es que
era un encargo de Euristeo.
Lo que pasa es que no
debió condenarnos.
Lo que pasa es que no debió
desde entonces, desde Grecia,
embarrarnos de mierda,
ensuciar el trabajo.

7. Parque de los Venados

HERACLES ENCUENTRA A LA CIERVA

En el Parque de los Venados,
luego de cinco kilómetros
de carrera y de bosque, te detuviste.

Estabas pálida y tenías
una agujeta del tenis desatada.

Por tu frente escurrían
el sudor y sus cansadas perlas.

Luego te recogiste la cabellera
para beber del grifo
como un ciervo a orillas del Ladón.

HERACLES RECAPITULA

Después de un largo año de correr tras de ti,
de seguirte la sombra tanto tiempo,
descubro que fue en vano mi trabajo,
que no he logrado herirte.

«Tal vez un día tu amor pueda alcanzarme»,
decías, pero los ciervos que viven
en Cerinia son bellos y veloces.

«Tal vez un día tu amor pueda cruzar la raya»,
decías, y, al hacerlo, imaginaba
una olla, el fogón, el caldo de tus vísceras.

Y tuya era la voz que escuchaba de pie,
mientras te perseguía, sonámbulo,
pues no debía dormir en horas de trabajo.

Mi trabajo era amarte, seguirte a todos lados.

«Tal vez un día consigas mi cabeza
colgada en tu pared», eso decías.

No logré, lo repito, hacerte daño,
hacerte de mi nombre entre tus labios,
arrancarte siquiera una pestaña.

No pude hacerlo bien, como se debe.
Me vi obligado a disparar de lejos,
a conformarme con clavarte una flecha
entre hueso y tendón.

«Tal vez nunca te alcance para amarme», decías.

No te herí de verdad.

Nunca hubo sangre.

LLANTO Y LETANÍA DE HERACLES

Parque de los Venados:
los sauces que se inclinan a llorar
mienten sus lágrimas,
las palomas envían cartas
escritas con la mano izquierda.

Parque de los Venados:
soy demasiado afeminado
para romper el corazón de una mujer.

Parque de los Venados:
nunca tuve un modelo de machismo,
mi padre me cantaba canciones de amor
mientras fregaba los platos.

Parque de los Venados:
donde solía correr contigo

los postes de luz proyectan
mi sombra repetida.

Parque de los Venados:
nada te debo, amor,
la lástima que te di no se te cobra.

Parque de los Venados:
mi infierno es terrenal y sólo mío,
mis demonios olvidarán tu calle.

Parque de los Venados:
te deseo que despiertes
en un lugar angosto
rodeada de murciélagos.

Parque de los Venados, no de los Ciervos:
la diferencia es abismal
cuando los miras de cerca.

Parque de los Venados:
algo, sin embargo, te agradezco;
algo de ti he aprendido:
trabajos del amor son mal pagados.

8. Caballos de papel

Lo primero que llamó mi atención fue el sonido de los cascos sobre el pavimento. Al dar la vuelta, descubrí que era real: un caballo sin dueño por la noche. Me detuve un momento y el animal pasó a mi lado con un trote serio y decidido, como si supiera hacia dónde se dirigía. No puedo decir que aquello me estremeció, no se trataba de un fantasma —aunque para algunos podría serlo—, sin embargo, debo aceptar que, inmerso en los últimos días en tratar de escribir un ensayo sobre el caballo y la literatura, el hecho me pareció un hallazgo, una revelación, un favor que no se pide, pero se agradece. Estaba a punto de seguir el camino del caballo cuando —también escuché los rápidos pasos a mis espaldas— su dueño apareció, tratando de alcanzarlo, y finalmente lo tomó por las riendas. Le habló al oído y dieron vuelta en la siguiente calle.

¿Qué le susurró aquel hombre al animal? ¿Un regaño? ¿Una confesión? Mejor aún, ¿una disculpa?

Aquel gesto me dejó sin palabras. Fui pensándolo el resto del camino para llegar a casa. Una vez en mi estudio —llamo estudio al mueble para la computadora que tengo al lado de la cama—, vinieron a mi mente tres historias, tres recuerdos literarios, tres gestos parecidos al gesto que aquel hombre tuvo con el caballo, tres referencias en las que el hombre entabla un diálogo con equinos.

El primer recuerdo está presente desde hace mucho en mi memoria, es quizás, una de las escenas de la literatura que más he recordado con el paso del tiempo. Me refiero al momento en que los caballos de Aquiles lloran la muerte de Patroclo. Los caballos dejan caer sus lágrimas tras el deceso del primo-amante del bello Pélida como un acto de hermandad; acompañan al héroe en su pena. Creo que Homero delimita la función del caballo en la literatura clásica y en la vida de esa época: un vehículo para la guerra y el amor. Puesto que el hombre es animal de amores y batallas, el caballo es compañero fiel de sus triunfos y derrotas; cómplice de su gloria. Sin embargo, aunque el llanto de los caballos de Aquiles es conmovedor y uno de los pasajes más recordados y ensayados de la obra homérica, es

otra parte la que apareció frente a mí después del milagroso momento que presencié esa noche. Me refiero al instante, en el canto XIX, en que la diosa Hera, después de que Aquiles reclama a sus caballos no haber cuidado con más empeño la batalla de Patroclo, concede a uno de ellos, Janto, el don de la palabra. Así, el animal le dice al héroe:

Pues no a causa de nuestra lentitud y nuestra pereza
los troyanos, de los hombros de Patroclo, asieron
las armas;
pero el óptimo dios, que parió Leto de hermosos
cabellos,
lo mató en la vanguardia, y donó a Héctor la gloria.
Y nosotros corríamos a una con el soplo del Céfiro,
quien se dice que es el más rápido, pero, a ti mismo,
te está en el destino a fuerza de ser, por un dios
y un hombre, domado.

Janto hecha luz sobre el destino del héroe. Le vaticina la muerte. Los dioses hablan a través del caballo; éste es un oráculo de cuatro patas. Sus palabras son justas y sabias, sus sentencias se aplican a todo tiempo, a todo hombre. ¿Cuántos, literalmente hablando, no mueren

en la vanguardia? ¿No será que debemos hacer caso a las palabras del caballo tocado por la gloria y enfrentar nuestras guerras desde una postura más estratégicamente humilde, es decir, desde la retaguardia?

Aquiles reclama serenamente a Janto por qué le anuncia su destino, cosa por él bien sabida. El final de este canto de la *Ilíada* es una confesión de guerreros. Son palabras de consuelo que los guerreros se conceden; un acto de amor confeso. El diálogo que entablan Janto y Aquiles es el primero entre un caballo y un hombre del que tengo razón en la literatura. Seguramente, en esto guardo esperanza, habrá algunos anteriores.

Los otros casos de los que quiero hablar son dos historias de dos narradores, una novela y un relato; Mór Jókai y Antón Chéjov; ambos muertos en 1904. Comencemos, echando mano del orden cronológico.

La rosa amarilla, una de las primeras novelas del húngaro Mór Jókai, es la historia de un triángulo amoroso, y el amor transcurre entre historias de caballos. Los nobles e inteligentísimos equinos de la llanura de Hortobágy son el vehículo de la narración.

El potrero Alejandro Décsi, después de haber sido envenenado accidentalmente por su amada Clara —quien le da a comer una mandrágora, guiada por el mal consejo de las gitanas húngaras que montan caballos errantes—, libra su delirio a través de la llanura, a bordo de su caballo. Por otra parte, el vaquero Paco Lacza, rival de amores de Alejandro, susurra al oído de un caballo alazán su desgracia amorosa. Los corazones del potrero y el vaquero palpitan a la par del sonido de los cascos de sus respectivos corceles; ambos son domadores de animales más mansos que el amor. Si, como asegura Jókai, los caballos pueden comer sin hartarse durante todo el día —la historia de San Martín que soporta este dato es magnífica—, los caballos de Décsi y Lacza fueron envenenados o, al menos indigestados, por comer a escondidas, no mandrágoras de forma humana, sino rosas amarillas, símbolos del amor en la novela. En esta novela, los caballos son vehículos divinos de tan nobles: «Se figuran esos que el caballo es un perro como el hombre».

Pero, la parte más fantástica, al menos para mí, la que vino a mi mente después de que aquel hombre hubiera susurrado al caballo blanco a unas cuantas

cuadras de mi casa, es cuando el potrero, también durante la noche, llama a su caballo, diciéndole: «Acércate, mi fiel caballo, que no duermo todavía». Jókai señala que el potrero «ya tenía alguien con quien hablar: un animal que tiene alma». Y he aquí lo que el hombre confiesa a la bestia:

—¡Ves tú, fiel amigo; ves tú! Así es como son las mujeres; por fuera de oro, y por dentro de plata. Hasta cuando dicen la verdad, la mitad de lo que dicen es mentira, y cuando mienten, la mitad es verdad... Nadie puede llegar a conocerlas. Ya sabes cómo yo he querido a esa muchacha... ¡Pobre animalito mío, cuántas veces te he clavado las espuelas en los ijares, hasta hacerte brotar sangre, para que me llevases más de prisa a su casa!... ¡Cuántas veces te he dejado a la puerta de su casa, sobre el barro y bajo la nieve, lo mismo si hacía un frío terrible que si quemaba el sol, mi pobre y fiel amigo! Ya no pensaba en ti, sólo en ella, a la que amaba locamente (...) Tú perteneces a mi lado con mi gran dolor.

Después de escucharlo, el caballo pone su cabeza sobre las rodillas de su amo, «como si quisiera consolarle».

Ahora bien, en *Tristeza*, de Chéjov, la historia es terrible de otro modo. El cochero Iona Potapov conduce distraídamente un carro, tirado por su jaca —yegua que se utiliza también para la siembra— una noche de nieve, después de haber perdido a su hijo.

Al contar dos viajes de Potapov, Chéjov muestra la indiferencia de los clientes del cochero, después de que éste les cuenta que ha perdido a su hijo. El primer pasajero es un militar arrogante al que sólo le interesa llegar rápidamente a su destino; los segundos son unos jóvenes cuyo único objetivo es continuar su noche de parranda. El cochero azota el cuerpo de la yegua, acelerando el paso para complacer a sus viajeros. Pero ninguno de estos da importancia a la historia del hijo recién fallecido, en la que el cochero intenta internarse en vano. «Ahora sólo me queda una mujer: la húmeda tierra...», dice Potapov, viudo y huérfano de hijo, mas a nadie le interesa.

Deprimido después de estos dos viajes, mal pagados por cierto, Potapov regresa a la cochera. No ganó siquiera para la avena del caballo. En la cochera, a un lado del establo, Iona Potapov trata de contar su

historia a uno de sus colegas, quien argumenta tener demasiado sueño como para escucharlo. Entonces, abatido por una tristeza profunda, Potapov piensa en su caballo y se dirige al establo. Allí, le pide perdón por no haber conseguido el dinero suficiente para comprar avena. Le dice que por hoy tendrá que conformarse con heno. Le dice que quizás ya está demasiado viejo para este trabajo, que su hijo podría haberlo hecho, que su hijo sí era un gran cochero. Luego acaricia el lomo del animal, y continúa:

—Así son las cosas, yegüita... Se nos ha ido Kuzma Ionich... Se fue para siempre... Se le ocurrió morir así como así... Pongamos por caso, tú tienes un potrillo... Eres la madre de ese potrillo... Y de repente, digamos, el potrillo se te muere... Le tendrías mucha lástima, ¿verdad?

Potapov necesita hablar largamente sobre su hijo, saber que lo que siente no es una pequeña cosa, que su pérdida es una de las más desgarradoras que puede vivir un hombre. La única que está ahí para escucharlo es la yegua; toda oídos y crines para acompañar la tristeza de aquel hombre. Ella, a diferencia de los hombres,

puede imaginarse cuánto puede doler la pérdida de un hijo. Quizás cuando a nadie interesen nuestras historias, cuando a los otros les parezca que exageramos o desconfíen de nuestra tristeza, los únicos que tendrán oídos para nuestra pena sean los caballos. Y quizás, por eso mismo, valdría la pena hablar su lengua, darse un momento para interpretar los pestañeos, el movimiento de la crin, el número de golpes de los cascos. Después de todo, nos dice Chéjov, siempre estarán ahí, para nosotros. Tal vez los caballos son el primer mejor amigo del hombre, jamás domesticado como el perro, pues el caballo encuentra en el hombre a su igual. Al final del cuento, la jaca resopla sobre la mano de su amo. Éste se deja llevar por sus propias palabras, «y se lo cuenta todo».

Pero, volviendo al hombre y su caballo blanco y nocturno, a la imagen que disparó estas reflexiones, ahora me pregunto: ¿habrá aquel individuo, en esa calle oscura cerca de mi casa, confesado a su caballo una derrota amorosa?, ¿lo habrá buscado para confesarle la muerte de su hijo? La verdad, la sola suposición me parece imposible, pero poco me importa la verdad en esto. Y espero que así haya sido.

Existe, pues, una relación estrecha entre hombres y caballos. Pero, ¿qué sucede cuando la relación entre éstos va más allá del límite de la charla? He encontrado en un cuento de Lugones y en la historia de Heracles la respuesta a esta cuestión.

En *Los caballos de Abdera*, Leopoldo Lugones cuenta una historia fantástica y aterradora sobre equinos. En esta ciudad tracia del Egeo, los caballos son tratados como humanos, se sientan a la mesa e incluso duermen en los cobertizos. Balio, el caballo más hermoso, muere de amor por una doncella humana. El templo más grande de la ciudad está dedicado a Arión, el caballo que Poseidón hizo brotar de la tierra tras golpearla con su tridente. Los hombres conviven con los caballos hasta que éstos empiezan a exigir derechos sobre los humanos y, en un espléndido derroche de maestría de Lugones, los equinos se revelan, causando disturbios en la ciudad, saqueando los objetos valiosos de las casas; en algunos casos, dejando caer su bestial deseo sobre el cuerpo de las muchachas del lugar. Después de organizarse en un ejército de cascos y crines, los caballos cierran el paso del puerto y se abalanzan contra la ciudad. Las flechas

de los hombres apenas hacen mella en las filas equinas. Los hombres temen a los cuatro caballos que encabezan la cruzada: Dinos, Aethon, Amateo y Xhantos. La ciudad hubiera perecido de no ser porque Heracles, ataviado con su piel de león, los asusta, y éstos se repliegan hacia Macedonia.

La fábula es hermosa, sin embargo, encuentro una licencia narrativa —aunque Lugones podía darse las licencias que él quisiera— en el relato. Heracles no pudo haber librado a Abdera de los caballos, puesto que fundó esta ciudad después de que las yeguas de Diomedes acabaran con su amado Abdero durante la realización de uno de los trabajos que le ordenó Euristeo. La historia de Heracles y de las yeguas de Diomedes es quizás la más escalofriante de la literatura.

Ahora bien, en cuanto a este trabajo de Heracles, nadie puede asegurar que las bestias de Diomedes eran precisamente yeguas. En todo caso, y tomando en cuenta la constante aparición de caballos en la literatura —sobre todo en los griegos, debido a las batallas o favores divinos— diremos que los de Diomedes eran caballos, y no yeguas. Apolodoro

y Ovidio coinciden en que el nombre de los cuatro equinos del gigante, hijo de Ares y Cirene, eran Podargo, Lampón, Janto y Deino. Estos caballos eran famosos por ser antropófagos; se dice que Diomedes solía alimentarlos con la carne de sus huéspedes. La ironía, la moneda que paga con la misma moneda, ocurre cuando Heracles, luego de dar muerte al gigante, lo arroja al hambre de sus fieras.

¿Podríamos imaginar los ojos enrojecidos y el hocico espumoso de los equinos ante el festín de la carne humana? La relación más violenta entre el hombre y el caballo sucede, repito, durante este mito. Creo que Quiroga o Poe pudieron perfectamente escribir un relato que abarcara las dimensiones de este escalofriante suceso. Sin embargo, no lo hicieron. Quizás porque la historia es tan buena y redonda para caber en apenas dos líneas de la *Biblioteca*. Quizás porque para eso existe la mitología: para darnos cuenta de que todo aquello que deseamos contar, e incluso más, ya ha sido escrito con creces. Yo he intentado esbozar un relato sobre esto, y he fallado. El resultado es este apunte, fruto de la obsesión y el insomnio, que ya va siendo hora de terminar, pues podría prolongarse años y no contamos

con tanto tiempo. Va siendo hora de que me olvide un poco de aquel hombre tratando de alcanzar a su caballo a unas cuadras de mi casa. Sólo me resta reiterar que un caballo puede entablar una íntima relación con un hombre, al grado de escuchar sus lamentos, compartir sus duelos o, en el ápice de la ficción, rebelarse e incluso triunfar sobre él. Me restan estas dudas: ¿será que los caballos sean el único animal allegado, realmente, a los hombres?, ¿será que pueden comprendernos?, ¿será tan increíble un caballo blanco y solo en medio de esta ciudad?, ¿será que estas palabras tan sólo resulten interesantes para los propios equinos?, ¿será que existe en algún punto remoto de la Tierra una jauría de caballos devoradores de hombres? Es hora de dormir. Borges echa un poco de luz sobre esta inquietud y me concede el sueño: «¿Por qué no? Todo es tan raro que aun eso es posible».

9. Soneto atribuido a Jorge Luis Borges

De Heracles conocida es una historia:
el héroe atrapó en Creta al bravo toro.
Ni tierras, ni mujeres, ni gris oro;
el pago por su hazaña era la gloria.

Un trabajo trivial, tomando en cuenta
que el trabajo del toro es la agonía;
en la plaza y Teseo, en la carnicería
la bestia se desangra y se violenta.

Heracles, lo supongo, estaba herido
en su alma de mortal por el desprecio
del dios y del destino y de un rey necio.

Un toro lo ha salvado del olvido;
y logra que sigamos en su nombre
el cansado trabajo de ser hombre.

10. Gerión

Gerión poseía un cuerpo constituido por tres
hombres de la cintura para arriba, pero escindido
en tres a partir de las caderas y los muslos.

Apolodoro

Familias,
criaderos de alacranes.

Octavio Paz



*

* Mis padres engendraron ese monstruo: tres hijos unidos del pecho para abajo; un nudo de nervios y arterias que comparten su ración diaria de sangre. Yo soy el de en medio (en la foto soy el primero de izquierda a derecha). Si la cabeza se me ve algo grande, es porque a esa edad me diagnosticaron hidrocefalia: «Falsa alarma», dijo después el médico. Lo cierto es que mi hígado tardó demasiado

en desarrollarse, lo cual me obligó a permanecer algunos meses internado en una clínica de Tlatelolco. Luego vino el psicólogo y las sesiones de nado por la noche en una alberca del Seguro Social. Tenía ocho años y la terapia aún sigue contando. Justo ayer, el médico me pidió llevarle una foto de mi familia, y encontré ésta en un viejo álbum. «Mis padres engendraron ese monstruo», fue lo primero que vino a mi mente como una frase pronunciada entre dientes.

Los cuestionamientos sobre mi familia generalmente atañen a escenarios futuros y funestos, por lo que a menudo suelo preguntarme cuál será el orden en que habremos de morir los tres hijos de mis padres. Es cierto, la imagen de Heracles no deja de perseguirme, pero sería ridículo pensar que una bala perdida o, peor aún, una flecha envenenada por la sangre de Lerna, pudiera atravesarnos y darnos muerte a los tres, en el mismo lugar, al mismo tiempo, tal como le sucedió a Gerión. Por ello, mi condición de suicida en ciernes, mi propensión al fracaso y el constante atiborramiento de cigarrillos al que me someto, me llevan a pensar que yo seré el primero en quedar bajo tierra —prohibido llorar en el funeral, si no es llanto de odio—. Luego, supongo que el mayor morirá en un hospital —mi madre ha de llorarlo largamente—, dejando sin padre a

un par de mozalbetes que tengan sus ojos negros y su abnegación por la vida. El más joven (el que aparece al centro de la foto) morirá ya viejo, si el mundo no se acaba antes. Aun así, debo confesar que me gustaría morir con ellos, al mismo tiempo, pues nunca he sido bueno con las pérdidas. Después de todo, son mis amigos, aunque no los conozco. Así debe pasar con los siameses; con el amor y el odio compartiendo un órgano vital, tan cercanos que poco sabe el uno del otro. Por eso mis padres no se conocen.

Toda familia es polimorfa; la mía, puntualmente, es un muégano difícil de separar. Las familias crecen como una masa hambrienta que borra cualquier clase de límites y espacio privado. Dormí con mi hermano menor, en la misma cama, hasta casi los veintidós años. En la cama de arriba de la litera, mi hermano mayor alcanzaba a tocar el techo caliente del departamento en pleno verano. Estábamos unidos incluso a la hora de dormir; a veces uno soñaba las pesadillas de otro. Mis padres engendraron y alimentaron a ese monstruo que ahora se ha reproducido: mi hermano mayor es un hombre con hijos, y la mujer del menor está a punto de dar a luz. Yo sigo en la sombra: «No tengo hijos, no podría tener alguno que se convierta en un mejor hombre que mi padre». Supongo que nos amamos. Al menos, eso es lo que todos esperan. En la

foto mi padre aparece joven; últimamente he comenzado a verlo cansado, temeroso del futuro de su familia y su empleo, justo ahora está ahorrando para el parto de su nuera. A mi madre la operaron hace unos meses, le extirparon la matriz: no más brazos ni piernas para que crezca el monstruo; la fábrica se ha cerrado con el silbato puntual de la menopausia. Ahora que lo pienso, en la foto parecemos una bella familia; de hecho, lo somos. ¿Cómo podría volver sombría esta historia? Creo que no hay manera. La intolerancia hacia los problemas de mis hermanos debe ser natural. El amor no se inventa. ¿Hasta qué punto resulta interesante una anécdota en un libro de poemas? Supongo que no tanto; ésta podría parecer un chisme. Cuando pronunciamos la recurrente frase «quiero saber más de ese autor», creo que una confesión como ésta es lo último que esperamos. Pero así sucedió: sin poesía. Sin poesía confesional, por cierto. Pude decir: «Mis padres engendraron ese monstruo,/ lo concibieron en una sola noche./ Amar de un solo golpe/ es cosa de prodigios:/ los prodigios son fruto de los sueños/ de una mujer que tiene pesadillas», pero esto implicaría un ejercicio más de oído que de música; más de forma que de materia. La materia con que está escrita esta breve nota es orgánica: la sangre de mis hermanos, los lazos que

en todo momento quisiera reventar por no encontrarles mayor funcionamiento. Quizás a nadie le interese esto que digo; da igual, es una simple tarea que se me ha encargado.

11. Monólogo de Atlas

Porque soy hombre aguanto sin quejarme
que la vida me pese.

Rubén Bonifaz Nuño, otra vez

¿Qué cielo?

William Carlos Williams, otra vez

...ahora que lo preguntas,
no pesa el cielo,
sino la vida de los hombres;
llevar la humanidad sobre la espalda
provoca contracturas, ratas en el cuello,
bultos de estrés.

Hay días en que me tiemblan las rodillas;
es natural, supongo,
pues no sostengo estrellas,
sino el suelo en que los hombres andan.
Las estrellas, imagino,
son más ligeras que el dolor humano.

Más que un trabajo,
debo decírtelo, se trata de un castigo
por rebelarme, por querer demasiado.
Tu padre es quien me ha dado este castigo;
a mí, hijo de Jápeto y Asia,
a mí, a Atlas, el que soporta.
¿Sabes?, soy un Titán.
Quizás no vale la pena mencionarlo,
mas ser Titán fue importante en algún tiempo.
Incluso hubo una guerra.

Pero hoy ya no. Hoy ya no tiene importancia.
Todo, tarde o temprano, pierde importancia.
Tú, por ejemplo, la perderás
luego de realizar los trabajos que, dices,
te ha encomendado Euristeo.

Ahora, si me permites,
quisiera preguntarte una cosa:
¿qué se siente recibir órdenes de un cobarde?
He escuchado que cuando vuelves a Micenas
para llevarle las bestias que te pide,
él se esconde dentro de un jarrón
y desde ahí te encomienda otra tarea.
Lo que quiero decir es:
¿nunca has pensado en no hacer lo que te dice,
en no seguir su juego, en rebelarte?
¿Sabes que, si quisieras,
podrías renunciar a tu trabajo?
Supongo que no.
Seguro te han prometido,
a cambio de tu labor, la gloria.
Pero, en realidad, no es para tanto.
Créemelo, he estado ahí:
la gloria también pierde importancia.

¿Sonríes? Está bien.
También sonreiría si fuera tú.
Pero, seamos honestos,
temes desobedecer las órdenes que te dictan
no por perder la gloria, sino por el castigo;
no todos pueden cargar con ese peso,
no todos pueden soportarlo.
A mí me castigaron, cierto,
por ansiar el poder;
en algún punto perdí la cabeza
—tú sabes bien de lo que hablo—
y ambicioné de más.

A veces, siento,
aunque sé bien que yo no soy un hombre,
que es triste que los hombres
vivan para el trabajo.

No te molestes. No es nada personal.
No quise herirte. Me agradas.

¿Puedo pedirte un favor?
¿Sostendrías un momento el cielo
para que pueda descansar un poco?

Si me ayudas,
podría ir hasta el jardín de las Hespérides,
ahorrarte la pelea con el dragón,
y traer las manzanas que necesitas
para cumplirle a Euristeo.
De cualquier modo,
Temís me había advertido:
«Un día, dentro de mucho tiempo, Titán,
tu árbol será despojado de su oro
por un hijo de Zeus».

Sé que nadie quiere hacer el trabajo de otro,
pero sería más fácil
si me ayudas con esto
y yo entro en el jardín donde se hallan
las manzanas doradas que tú buscas.
Te prometo que no tardaré mucho.

¿Listo?, ¿lo tienes? Sujétalo bien.

¿Verdad que pesa?

Creo que traer las manzanas
me llevará sólo unos días.

No desesperes, no me mires así,
es lo mejor para ambos,

no desconfíes,
te prometo que saldremos
con provecho de este acuerdo.
No, no lo sueltes: sería el final de todo,
morirías aplastado,
moriríamos todos.
No respires tan rápido,
no me mires así, ya parto,
no grites, nada tiene que ver tu padre en esto,
nunca lo llamaría cobarde,
no digas que es personal,
no sé que es la venganza, no te quejes.
No me pidas que te mire a los ojos.

Ya estoy demasiado lejos,
ya no puedo escucharte.
Apenas y te veo en el horizonte.
Y aunque sé que tampoco
tú alcanzas a escucharme,
quiero pedirte otra cosa:
por favor, no me odies,
compréndeme:
no me tomes a mal si no regreso.

12. La captura de Cerbero

Las almas por las lluvias maceradas,
ladran también cual can, y se resguardan
unas contra las otras apiñadas,
cuando el ataque del Cerbero aguardan;
y al verle abrir la boca sanguinosa,
temblorosas se esconden y acobardan.

Dante

Relata tus desventuras horripilantes.

Séneca

Aquí debí empezar el viaje;
entrar por la puerta ancha del infierno,
por las puertas del Ténaro, en medio del camino
de la vida.

La estación más violenta, la más salvaje, florece
debajo de la tierra.

La boca de los muertos huele a nardos.

Peor que la propia muerte es el lugar de la muerte.

Abril es la estación del inframundo. Abril es cierto.

Mi madre morirá en abril.

En ese mes nació, a ese tiempo ha de llegar,

pues todo lo que es humano está decidido.

Debo a la locura todo lo que me pasa,
algo que hasta un dios, si se enterara, lloraría:

asesiné a mis hijos, abandoné a mi esposa.

Nunca en nada no he perdido.

Nada gané ni tengo. Y no puedo querer ganar

ni tener ni ser nada.

Nunca rompí un espejo ni las leyes.

Nunca quise, en serio, trabajar.

Sólo ha sido demencia mi aventura.

A la orilla fangosa del Estigia,
el Eterno Barquero, intimidado y atónito,
me pregunta:
«¿Quién eres tú, que así, sin estar muerto,
vas por el reino de la muerta gente?»
A lo que respondo: «Un vivo que ha bajado
hasta el fondo del valle tormentoso,
no por placer, mas por deber llamado».
Y aunque, lo sabe, habrán de castigarle si me ayuda,
me permite atravesar el río a bordo de su humilde
bote
sin pedirme siquiera una moneda.

Del otro lado del camino de la vida, del otro lado
del en medio,
sigo mi recorrido en busca del encargo
de un rey a quien le sirvo como perro
y quien un perro quiere para cuidar su Palacio.

¡Y todo por un perro encabronado,
y un cachorro que ladra en el infierno!
¡Y todo por un reino despechado!

En medio de la niebla mortecina,

complaciéndome con los goces del genio
que a algunos parece tormento y locura,

al caminar, veo a un hombre, espada en mano,
rodeado de otros cinco compañeros,
brillando como poeta soberano.

Se aproxima y me dice: «Dos Homeros
jamás habrá en el mundo, sin embargo,
trabaja y quedarás entre primeros».

Trabajar palabra tras palabra;
pues los dioses ocultan el sustento a los hombres.
Picar piedra o recibir en medio del camino
de la frente una pedrada.
Después de doce máscaras mi rostro no tiene forma
propia.

Después de once trabajos, éste debiera ser sencillo;
mas sigo siendo sólo el ruido de una lengua.
Hay una dulce protuberancia del aire contra
mi cerebro.

Mi cerebro es una cicatriz.
En el pecho el pensar es intrépido.

De pronto, en mi camino aparece Medusa;

y Hermes, de dioses mensajero,
me dice que guarde mi espada, que mis armas nada
valen,
que es sólo el alma de Medusa.
Melandro lo confirma, al atravesarlo sin daño
con mi flecha.

Entonces, en medio de un camino de gladiolos,
veo dos almas,
encadenadas a sillas de tortura. Son Teseo
y Pirítoo,
castigados por desear
a la esposa del dueño de esta casa, a la reina
del Hades.

Perséfone son todas las mujeres, pues todas ellas
duelen y nos atan.

Mas el amor también aquí es posible:

En el amor los muertos persistían,
pues al que ama, el amor nunca perdona
y reanima las llagas que dolían.

Y aquella alma que siga atada a su sentir de hombre,
la muerte aquí la arrastrará

y en la espesura de la selva infernal,
será colgada a la sombra del árbol de tortura.

Entonces libero a Teseo
y tengo que olvidarme de Pirítoo, pues el tiempo
apremia.

Y continúo: puedo ver las bestias que he matado;
a las mujeres que quise y no quisieron,
y que hoy me alegra que estén muertas.
Puedo sentirme, entre muertos, más humano.

Deja en paz mi cabeza, corazón;
ubícate en el sitio que te toca,
no infectes con tu sangre la razón.

Y luego, veo de frente a la bestia: tres cabezas unidas
y rabiosas,
coronadas por ramos de serpientes,
chorreando angustia por la boca.
Entonces, el amo de los muertos, me dice:
«Es tuyo, si puedes dominarlo sin usar la clava
ni las flechas».

Siempre que la verdad, en sus antojos,

muestre faz de mentir, callar se debe
para no merecer tristes sonrojos:
mas la verdad esta Tragedia mueve,
y por sus versos ¡oh lector! te juro
(que espero alcanzaran no vida breve),

te juro que someto a la fiera con los puños,
puños de un hombre que trabaja y será liberado
si es cierto que los dioses habrán de perdonarme.
¿Por qué, en vez de esclavizarme, no ciñeron
los dioses mi condena
a andar en cuatro patas como un loco?
Hubiera preferido el sabor del suelo al del trabajo
en vano.

¡Oh, tú!, *hypocrite lecteur —mon semblable,*
—mon frère!
debo decirte que Cerbero nunca me dio trabajo.
El trabajo, de veras, fue la certeza de estar vivo,
de envidiar a los muertos.

Las almas, sin sus cuerpos se abrazaban,
de brasas y de brazos se encendían,
pues era casi en vivo que se amaban.

El trabajo, de veras, fue salir del Hades sin rasguño
aparente,
fue volver con los vivos parafraseando muertos,
sin poder mirarme nuevamente en un espejo,
con la lengua en pedazos y los labios rotos,
con una piel que no me pertenece,
con el miedo a los pájaros,
con un riñón herido,
con la agonía de un padre,
con la cabeza doliente de palabras,
con los bolsillos pobres,
con el amor por una que no me ama,
con un caballo posible sólo en sueños,
con un rabo de toro para la sopa,
con mi familia en mi contra,
con un dolor de espalda,
con un perro que no muerde,
con el suicidio entre los dientes,
chirriando como máquinas de guerra.

Si es cierto que los dioses habrán de perdonarme
después de esta jornada,
sé bien lo que me espera: terminar sin un lugar entre
ellos, desempleado.

Pues aquel que ni entre hombres ni entre dioses
ha nacido,
tiene predestinada la amargura, la soledad de saberse
sin un lado,
sin una casa que pueda llamar suya, sin sus iguales.

Después de girar en la órbita de mi zodiaco,
ansío la compañía de los muertos.

Nada hay por lo cual yo detenga más y demore mi
alma en esta luz; ya he perdido todos mis bienes: mente,
armas, fama, consorte, hijos, manos, incluso mi delirio.
Nada podría corregir mi espíritu manchado: con la
muerte hay que sanar el crimen.

Lo mejor que puede hacerse cuando se está en este
mundo, es salir de él. Loco o no, con miedo o sin él.

Sabiéndome asesino de mí mismo,
compuse este fracaso, esta agonía,
para poder vivir en el abismo.
Mi búsqueda, de entrada, la sabía:
«...el tumor más hermoso», eso dije,
«hasta llegar al hueso...» Y no mentía.

Notas a «La captura de Cerbero»

VERSO

3. *Infierno*, I, 1.
6. *Hércules delirante*, Séneca.
7. Apunte sobre el mes cruel de T.S. Eliot.
9. Precisamente el día 7, de madrugada.
12. *Heracles loco*, Eurípides.
15. Apunte a «Tabaquería», de Fernando Pessoa.
18. *Infierno*, VIII, 84–85.
- 21–25. *Infierno*, XII, 85–87.
37. *Las bodas del Cielo y el Infierno*, William Blake.
39. Dante nombra cuatro poetas en el Limbo: Homero, Horacio, Ovidio y Lucano. En *Infierno*, IV, 102, enuncia: «El sexto fui, contado entre primeros». El quinto, obviamente, es Virgilio.
45. *Los trabajos y los días*, 42.
46. Marina Tsvietáieva afirma que «uno de los indicios de la falsa poesía es la ausencia de versos dados». Así, me interesa establecer la diferencia entre un verso

trabajado y uno dado; de ahí la comparación con «picar piedra» —modo usual en el idioma español para referirse al hecho de trabajar— y «recibir una pedrada» —algo que ocurre sin previo aviso.

49. *Heracles loco*, Eurípides.

50. «Café Nocturno», Gottfried Benn.

51. *Máquina Hamlet*, Heiner Müller.

52. El verso pertenece a Homero, *Ilíada*; es una sentencia que me ha perseguido durante años, aunque no logro recordar su ubicación exacta.

64–66. Apunte a *Infierno*, V, 103–105.

67–70. *Infierno*, XIII, 106–108.

84. *Biblioteca*, II, 5,12.

85–90. *Infierno*, XVI, 124–129.

97. Prefacio a *Las flores del mal*, Baudelaire.

128. *Hércules delirante*, Séneca.

129. *Viaje al fin de la noche*, Louis-Ferdinand Céline.

Índice

1. León frente al espejo, 9
2. Consultorio del doctor Ben Pankowsky, psiquiatra, 19
3. Hipólita en Tlalpan, 39
4. En una aldea de Erimanto, 49
5. El lector, 53
6. Ciudad de México, 67
7. Parque de los Venados, 77
8. Caballos de papel, 83
9. Soneto atribuido a Jorge Luis Borges, 99
10. Gerión, 103
11. Monólogo de Atlas, 113
12. La captura de Cerbero, 123

Notas a «La captura de Cerbero» 135

Heracles, 12 trabajos

Segundo semestre de 2012

Impresión

Formación Gráfica, SA de CV

Matamoros 112

Colonia Raúl Romero

57630 Ciudad Nezahualcóyotl

Estado de México

Producción

Dosfilos editores, SA de CV

Callejón del Capulín 202

98000 Zacatecas

Zacatecas

Mil ejemplares más sobrantes

Premio Nacional de Poesía
«Ramón López Velarde» 2011

Universidad Autónoma de Zacatecas